

VI

El Precipicio De La Soledad

Michelle continuó su camino después de haber abandonado el pico del mal humor. Se preguntaba qué sería de aquel viejo que le había ayudado. Leía una y otra vez la nota que le había dado. Decidió pegarla en su libreta para nunca olvidar aquella aventura. Lo mismo comenzó a hacer con cada paisaje por donde pasaba, lo describía tal y como era.

Su camino la llevó a un gran precipicio lleno de vida y con una pequeña vereda que a lo

Carte du Tendre

lejos dejaba ver entre arboles un pueblo. No era muy grande al parecer, pero se veía acogedor o eso pensó Michelle.

Michelle se disponía a descender aquella vereda, pero la detuvo el nombre de aquel lugar en el que se encontraba. Un gran letrero decía: “El Precipicio de la Soledad.”

Decidió visitar aquel pueblo para descubrir gente nueva y saber si alguien había visto a Santiago. Cuando descendía un campesino venía subiendo con una mula y leños que llevaba al siguiente pueblo para vender.

“Buen día.” Michelle saludó.

Carte du Tendre

“Buen día jovencita ¿Qué haces por aquí?”

“Mi nombre es Michelle y voy en un viaje de descubrimiento. Soy de Tendre.”

“Conozco ese pueblo de ahí vino mi padre hace mucho. Jamás lo he visitado.”

“Es hermoso, pero yo deseo conocer más allá.”

“Qué bueno que pienses así. Siempre debemos ser exigentes con nosotros.”

“Sí. Tengo una duda. Le agradecería si ayuda a despejarla.”

“Claro. Si puedo lo haré.”

Carte du Tendre

“¿Por qué este lugar se llama el precipicio de la soledad?”

“Bueno. Desde que escuchas el nombre sabes que puede que no sea una bonita historia. Y efectivamente. Se trata de una historia vergonzosa de un hombre que ayudo mucho a un pueblo en sus inicios y nadie se lo agradeció.

“Acompáñame a comer bajo ese árbol. Tengo comida que mi esposa me mandó para el viaje. Te contaré la historia.” Michelle aceptó.

“Hace mucho tiempo en los comienzos de este pueblo” comenzó el campesino “Hubo un hombre que ayudaba a todas las personas y creía tener muchos amigos por los favores que hacía, por todo lo que se sacrificaba por lo

Carte du Tendre

demás. Pensaba más en los demás que en sí mismo.

“Nunca arregló por completo su casa pues había niños viviendo en lugares que se caían a pedazos. Arreglaba con su dinero la casa de los niños sin esperar algo. Los niños se lo agradecían con dulces o pequeños detalles. El más significativo era un caballito de madera que le había regalado un niño. En su trabajo nunca mejoraba pues cada vez que le notificaban que podía ascender de puesto le daba la notificación a un compañero que necesitara más dinero, a pesar de necesitarlo también él. En otra ocasión había vendido una reliquia familiar para poder prestarle dinero a

Carte du Tendre

un amigo. Así continuó ayudando a las personas quienes le decían “qué bueno es ser amigo de un alguien como tú”. Era joven todavía pero no se dio cuenta de cuando se había hecho viejo. Sacrificándose por los demás no había podido ahorrar, nunca había podido subir de puesto y tenía deudas por préstamos que había conseguido para sus amigos.

“Una mañana se despertó y con vergüenza tuvo que ir a pedir ayuda a los niños que había ayudado de pequeños. “No quiero que sea como cobrar lo que hice de corazón, pero esta vez lo necesito.” Pidió ayuda a aquellos niños que ahora eran parte del parlamento del pueblo. Todos se negaron a

Carte du Tendre

hacerlo. No se molestó. Pensó en sus colegas que habían subido de puesto gracias a él. “No sé qué piensas hacer de tu vida si ni trabajo tienes. Nunca pudiste subir de puesto. Eso muestra tu poca productividad. Ten unas monedas y vete.” No tomó el dinero y se fue. Se dirigió a ver a un viejo amigo, pues hace algún tiempo le había prestado el dinero de la reliquia familiar que había vendido pero la respuesta a la ayuda solicitada no fue muy grata.

“¿Me prestaste dinero y ahora me lo hechas en cara? No puedo creerlo.” La puerta se cerró y decidió regresar a su casa triste y con deseos de llorar. Observó el caballito de madera que el niño le había regalado. Miró la nota de

Carte du Tendre

venta de su reliquia. “¿Y mis amigos?” fue lo único que pensó al irse a la cama.

Su casa siguió en deterioro y sus deudas en aumento. Ninguna persona lo ayudaba. Fue embargado por los encargados de la cobranza de impuestos y para cubrir sus deudas le quitaron todos sus muebles o lo poco que le quedaba. Guardó el caballito y las notas en una cajita que nunca soltaba. Comenzó a vivir en la calle. Las personas creían que no era bueno para la reputación del pueblo que estuviera por ahí una persona sin oficio así que todo el pueblo votó para exiliarlo. Le dieron un día para que se fuera. En ese mismo momento se fue. Pasó a la iglesia y dejó su cajita. Después se marchó al

Carte du Tendre

precipicio de la soledad donde vivió un tiempo. El padre abrió la caja después de mucho tiempo pues había sido cubierta por montones de libros que habían llegado justo después de que dejó la cajita. Leyó las notas de venta y sintió un cruel remordimiento en su pecho al ver aquel caballito de madera, pues había sido el padre quien se lo había regalado. El padre había sido aquel niño. Al día siguiente llamó a misa temprano. Todos como de costumbre asistieron.

“Es una pena lo que le hemos hecho a este hombre. Sólo nos ayudó y nosotros a cambio lo exiliamos.” Todos en el pueblo trataron de contradecir al padre y decir que

Carte du Tendre

había sido lo mejor para el pueblo. “¿Puedes hablar de él, después de que te ayudo a vivir bajo un techo cuando eras pequeño? ¿O todos aquellos a quienes ayudo a subir de puesto y que ahora son poderosos? ¿A cuanta gente no le presto dinero? ¿Qué hicimos?” Apretó el caballito contra su pecho.

“Todos en el pueblo decidieron ir a buscarlo y pedirle perdón. Pero jamás lo encontraron. Sólo restos de ropa y fuego al borde del precipicio, donde al parecer había vivido. Nunca lo encontraron. Todos decían que había muerto o que la soledad lo había orillado a suicidarse. Nunca se supo.

Carte du Tendre

“Y así aquel lugar fue llamado como lo último que experimento aquel hombre: soledad en aquel precipicio el precipicio de la soledad. Esta historia me la conto mi abuela y a ella mi bisabuela quien vivió en aquel tiempo. Estaba muy apenada por lo que le habían hecho. Eso siempre se lo decía a mi abuela. Y esa es la historia. No es bonita ¿Cierto?

“Realmente no lo es. Fueron muy crueles con él.”

“Aún se encuentra en la iglesia aquel caballito de madera que le regaló aquel niño. Desde entonces el pueblo se rige por la gratitud y respeto al sacrificio por los demás. Bueno